

Dentro del territorio maya se han descubierto cientos de imágenes de cánidos en vasijas y esculturas pertenecientes al periodo Clásico (siglos III–XI d.C.), así como códices del Posclásico (siglos XII–XVI d.C.), pero en casi todos los casos es imposible determinar nada más allá de su posible asociación con *Canis familiaris*. Tomando en cuenta esta limitación podemos mencionar un par de representaciones que con reservas podrían considerarse como perros pelones.

Una de ellas aparece en una vasija polícroma en la que se presenta un cánido antropomorfo, en el cual se observa la presencia de dientes pequeños, donde los caninos están marcadamente ausentes, y sólo se observan los premolares o molares. El rostro y el cuerpo presenta evidentes arrugas en la cara y hay muy poco o ningún pelo. Piezas como ésta posiblemente fueron elaboradas entre los siglos VII y IX d. C. en el Petén guatemalteco.

Respecto de esculturas tenemos una que muestra a un perro de hocico cerrado pero con muy marcadas arrugas sobre la frente y las mejillas; el

texto glífico en el dorso de la pieza se lee como “utz’i” o “el perro de”. Esta última fue encontrada en el sitio de Toniná, su antigüedad es de unos 1,300 años a.C., y constituye otra probable representación de perro pelón.

### ZONA DE ORIGEN DE LOS XOLOITZCUINTLES

Como vimos anteriormente, los registros arqueozoológicos más antiguos relacionados con el xoloitzcuintle son de hace 1,400 ó 1,500 años, y algo muy importante es que se relacionan con el Occidente de México, los de Guadalupe por estar en el occidente mismo y los de Tula por pertenecer a migraciones venidas del occidente.

Poco más antiguas son las colecciones de perros de Colima, pues se ubican en los cinco primeros siglos de nuestra era.

Combinando ambas fuentes de datos podemos ligar a los xoloitzcuintles con el occidente de México desde hace unos dos mil años, un espacio temporal superior al de cualquier otra región del mundo y por tanto, cuna obligada de la raza. Si estos animales aparecieron hace veinte siglos o más es un dato que desconocemos, pero sí es posible afirmar que los perros pelones se originaron a inicios de nuestra era en esa región.

El arraigo del xoloitzcuintle a esta zona del país es fuerte en la actualidad, sobre todo en el corredor que va desde Nayarit hasta Guerrero, puesto que no existe persona que no sepa de su existencia; se habla incluso de variedades de diferentes tallas que pueden encontrarse en tal o cual pueblo y cuya abundancia es mayor a la que vemos en otras partes de México.

### DIFUSIÓN DEL XOLOITZCUINTLE EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

Desde el momento de su origen y hasta el siglo VI d.C. es probable que los perros pelones se hayan mantenido dentro de esta zona de Mesoamérica, o bien que se fueran diseminando, pero de manera pasiva. Este esquema duró hasta el siglo VII d.C., cuando se dio una reorganización de las comunidades, quizá impulsada por cambios climáticos, y a partir de ella se derivaron corrientes migratorias en dirección del centro, proceso que permitió a los perros pelones salir de su región de origen. Los ejemplares descubiertos en la ciudad de Tula pertenecen a este evento, al cual se le llamó “invasiones chichimecas”.

Una vez llegados al centro, cultura y perros se diseminaron, lo que permitió que llegaran los xoloitzcuintles a toda la Cuenca de México, hasta el valle de Teotihuacan y que poco a poco se convirtieran en parte del paisaje cotidiano.

Un segundo evento migratorio se realizó en el siglo XI (950-1,150 d.C.), esta vez desde el centro hacia la península de Yucatán, con el pueblo tolteca como protagonista. Los relatos que aún conservaban los mexicanos en el siglo XVI hablaban de un rey, después convertido en Dios, de nombre Quetzalcóatl, que había gobernado a los toltecas con sabiduría hasta que fue engañado por forasteros y se emborrachó con pulque. Decían que la vergüenza vivida le hizo abandonar la ciudad e irse junto con sus seguidores hacia el oriente diciendo que alguna vez regresaría. Atravesó la Sierra Nevada y llegó hasta la costa, perdiéndose en el mar.

Esta tradición marca a manera de leyenda un evento real: una parte de la población tolteca, a modo de migración tal cual o en forma de contingentes enviados como parte de un proceso de expansión comercial y político, avanzó desde Tula hasta la costa y de ahí circunnavegó hasta llegar a Yucatán, donde penetró hacia el interior y llegó a la ciudad de Chichen-Itzá, donde se establecieron en calidad de conquistadores. Las crónicas coloniales dan